



TRIBUNAS

EXTREMADURA Y EL ECLIPSE

EUGENIO FUENTES

Es evidente que la imagen de la región ha mejorado en cuarenta años de autonomía y ya no aparece solo como la tierra parda, pobre y paralizada que mencionó Baroja



Un grupo de mujeres observa la Sierra de Gredos desde un establecimiento de la Vera. HOY

Ante la coincidencia de la fiesta autonómica y el eclipse lunar, siento la tentación de utilizar los astros como metáfora de las cosas que siguen en penumbra en Extremadura, pero me resisto. Solo diré que, si yo fuera terraplanista, este domingo septembrino me sentaría en una tumbona, al atardecer, de cara al cielo, para observar con calma la sombra que la Tierra proyecta sobre la Luna y, de ese modo, comprobar si es cierta mi creencia.

Y tampoco hablaré de la identidad de Extremadura, porque es un tema peligroso que genera conflictos y a menudo dolor y me despierta un sentimiento paradójico: admiro la defensa de la identidad individual tanto como me producen recelo las identidades colectivas. Como la religión o el amor, la identidad de cada cual pertenece al mundo privado y cuanto más definida y aceptada sea por cada persona, creo que más equilibrio y felicidad encontrará en su vida. Y, en cambio, cuanto más acotadas pretenden estar las identidades colectivas (nacionales, ideológicas, étnicas), más riesgo generan de intolerancia, de fanatismo y de exclusión del otro. Cuanto más se regodea un pueblo en su identidad, más se aleja del resto del mundo. Te pones a moldear la palabra identidad creyendo que te va a salir una bella estatua para colocarla en una plaza y te sale un artefacto que te estalla en las manos. O en las calles.

Así que cuando opino sobre las virtudes de Extremadura, no es por presunción ni rivalidad regional ante otras tierras, sino con el propósito de conocerla mejor, lo cual tampoco es ningún mérito. Cuando he descrito algunos de sus mejores parajes, ríos, costumbres, gastronomía, creaciones, museos, patrimonio, ha sido como una invitación a compartirlos. Que prefieras a tu tierra sobre el resto del mundo no es una razón para desdeñar lo ajeno y he procurado reflejar el amor al territorio natal sin caer en el nacionalismo de campanario, sobre todo en los tiempos actuales, en este siglo XXI que va ca-

mino de convertirse en el siglo del odio étnico.

A menudo intento, en estas páginas de prensa y hasta en la ficción, contar cómo veo este lugar en el que vivo, con una mirada atenta y libre de prejuicios, sin limitarme a una descripción más o menos literaria del paisaje e incluyendo las emociones que esa observación despierta. También he arriesgado alguna opinión sobre cuestiones de actualidad regional más complejas, aun consciente de que la falta de perspectiva y de conocimientos acarrea equivocaciones.

En 1913, Pío Baroja escribió una novela, 'La dama errante', que transcurre parcialmente en Extremadura. En ella, un médico, el doctor Aracil, y su hija María, al verse involucrados en un atentado anarquista en Madrid, huyen hacia Portugal. En el trayecto pasan por La Vera y se narran algunas escenas en Jarandilla, Cuacos y Tiétar. También se citan Casatejada y Trujillo.

La imagen que Baroja da de Extremadura, aunque no hace sangre, no es muy halagüeña. Quizá pesa en ella la lectura del artículo de Larra de 1835 en el que des-

cribe su viaje a Badajoz. En el capítulo XX, uno de los personajes, un joven rico de Jarandilla, dice: «La verdad es que los extremeños han caído mucho; desde el antiguo García de Paredes hasta el García de Paredes del crimen de Don Benito, hay todos los grados de la degeneración».

Llega el eclipse cuando está quedando atrás este verano terrible de 2025, casi escenográfico con sus imágenes de bombas, incendios y pesadillas climáticas. Septiembre es un mes feo para esta tierra. Después del destructor verano, muchas zonas quedan agotadas y polvorientas bajo un sol fofo y pegadizo, como desamueblado, sin un lugar donde tumbarse. Uno mira alrededor y, además, ahora ve las zonas arrasadas por el fuego.

Pero incluso en el mes de septiembre es evidente que la imagen de Extremadura ha mejorado en cuarenta años de autonomía y ya no aparece solo como la tierra parda, pobre y paralizada que mencionó Baroja. También se ven fértiles vegas con calidad de vida, que no pertenecen a la España vaciada, y tierras de regadío, verdes por la mano del hombre, con campos de maíz y tomate y arroz y prados y praderas donde pasta el ganado de carne, al menos mientras el mundo se niegue a ser vegetariano. Hasta las sierras y trasieiras quemadas en las cumbres mantienen intactos alrededor de los pueblos los bosques y cultivos que en pocos días comenzarán a teñirse con la paleta ocre del otoño.

Extremadura no es el mejor lugar del mundo, sigue sin superar algunas lacras, como el paro juvenil o la incapacidad para levantar proyectos de desarrollo, y algunos índices económicos y culturales nos colocan en el furgón de cola del país. Pero no todo se mide en estadísticas. Hay colegios y hospitales de calidad razonable, el aire es limpio, el agua es suficiente, la naturaleza es rica en flora, fauna y funga y el entorno no te obliga a vivir con prisas y con la lengua fuera. No somos millonarios, pero aquí con un euro compras más pan, más silencio, más tiempo y más espacio. Y el alquiler es más barato.

PUNTO DE MIRA
AGAPITO GÓMEZ VILLA

Una OTAN contra los incendios



Quién se acuerda ya de los recientes y devastadores incendios de julio y agosto? Los damnificados solamente. Y yo. ¿Qué medio de comunicación habla ya de ellos? Ninguno. Sin embargo, las graves consecuencias están ahí y perdurarán durante años. De aquí estas reflexiones.

Raro es el verano que no dice el periódico que las llamas están ya a las puertas de Atenas. Pues bien, será por razo-

nes culturales (por razones culturales entró Grecia en el euro), será por razones sentimentales –uno ha tenido la suerte de visitar varias veces los ‘santos’ lugares–, lo cierto y verdad es que cada vez que me topo con la noticia de que los incendios están asediando la acrópolis, ese asombroso tesoro, fruto, sino de la vida, sí del talento del hombre, me llevo un disgusto de tres pares de epiplones, con sus correspondientes transcavidades (a la wikipedia).

Total, que cuando llega el gran disgusto, siempre me hago la misma pregunta: ¿cómo es posible que la Unión Europea, el más selecto club que haya sido inventado hasta el momento, no haya dispuesto ya la creación de un organismo encargado de combatir los incendios, al menos los que ponen en peligro los lugares más emblemáticos de nuestra historia?

Miedo me da pensar qué sería de la cultura minoica, si hubiese un gran in-

cendio en la isla de Creta, Apolo no lo quiera.

He empezado de manera dramatiforme, hablando del asedio de las llamas a los templos de la cultura, con el fin de sensibilizar al personal ante los incendios de otros templos: los de la madre naturaleza. Como recordarán, no ha muchos días vimos un convoy de vehículos antiincendios procedentes de Alemania, que acudieron en nuestra ayuda, si bien un poquito tarde, ay, pues que las llamas ya habían arrasado miles de hectáreas de bosque. No me olvido, claro es, de la ayuda que en más de una ocasión se han prestado mutuamente España y Portugal.

Y aquí viene mi pregunta: ¿cómo es posible que, a estas alturas de la liga, la Unión Europea no haya auspiciado ya, sino la gestación de un ‘ejército’ para combatir los grandes incendios, al menos la creación de un centro de control que distribuya los recursos que cada país

posee, por los territorios que están siendo abrasados: España por ejemplo hace cuatro días?

En resumidas cuentas: se trataría de algo parecido a lo que ya se viene haciendo en otro aspecto, la defensa: que sin existir un ejército europeo propiamente, un mando de la OTAN ordenó en su día que los más veloces aviones españoles surquen a diario los cielos bálticos con el fin de que ese canalla llamado Putin no se coma el territorio subyacente. ¿A que me están entendiendo?

Y hablando de aviones: ¿ustedes creen que el incendio de Jarilla se habría extendido hacia el valle del Jerte y hubiese enfilado hacia la provincia de Salamanca de haber colaborado en la extinción los hidroaviones de nuestros vecinos europeos, muertos de risa que estaban en los angares? Vamos anda.

Al menos me queda la esperanza de que, a no tardar, un día de éstos me harán caso. De nada.